

SERVIR CON GUSTO

Por Habey Hechavarría Prado

Con la mejor disposición reaccionó Michel Toll Calviño cuando le pedí una entrevista para Espacio Laical. Motivó el diálogo la variedad de ambientes donde ejerce su carrera artística este joven músico, graduado en el Conservatorio Amadeo Roldán en 1994 y que se supera en el Instituto Superior de Arte. En particular, hablamos sobre la curiosa interfluencia de sus deberes como contrabajista de la Orquesta Sinfónica Nacional, la pertenencia también a la orquesta Solistas de La Habana, y la entrega al ministerio de la música en su parroquia de Jesús del Monte, como le conocemos popularmente al Buen Pastor. En su casa, cerca de aquella vetusta y fundacional iglesia cubana, ubicada en el municipio 10 de Octubre, ocurrió esta entrevista que comenzó indagando sobre el despertar de la vocación.



El arte fue lo que yo escogí desde chiquito para desarrollarme como profesional. No sabía a dónde iba a llegar, pero entre las cosas que me gustaron siempre no estaban específicamente las ciencias ni las letras. Yo sabía que iba a ser dos cosas: artista plástico o músico. Y aún hoy la plástica me impresiona mucho, me gusta mucho. Bueno, escogí el camino de la música, gracias al cual me he podido desarrollar porque ha significado un crecimiento, y he madurado con la música. Por supuesto, es sacrificio y es responsabilidad porque en el camino de la música siempre tienes que estar estudiando y estarte superando.

¿Cómo se vinculan en tu sensibilidad las artes plásticas y la música?

La plástica (y la gráfica porque a mí me gusta mucho la fotografía también) me parece que influye sobre la música en el acabado del equilibrio, de la forma. Sabemos que muchos de los movimientos musicales han surgido primero en la plástica y después en la música, como es el caso del Impresionismo. Pero es eso, es la forma, el acabado, la belleza, la búsqueda del contraste, el equilibrio. Además de que he conocido muchos artistas plásticos, he hablado con ellos, de alguna forma he intercambiado con ese mundo.

Vamos a decir que el trabajo con las voces también es un trabajo de color, o sea, se logra el color con la integración de varias voces, la integración de los diferentes timbres de las personas, igual que pasa con los instrumentos. La música es color igual que la pintura. Y te pudiera decir que hay una relación muy estrecha entre literatura, entre pintura, entre música. Trabajar en la Sinfónica y conocer el gran repertorio universal, conocer todos los compositores, los estilos, me ha dado un bagaje amplio, me ha hecho relacionar la literatura, la pintura, todo. Todo ello, podemos decir, es una sola cosa.

¿Cómo es tu trabajo en la Orquesta Sinfónica?

El trabajo en la Sinfónica implica un gran gusto a la hora de hacer música juntos, de oír la música que se produce por tanta gente sonando a la vez, pero cada uno desarrollando su papel. Como es en la vida, como la gran orquesta humana, donde cada uno desempeña su función en vista de un objetivo común. Es un trabajo que entraña una responsabilidad a la hora de aprenderte las obras, los pasajes que tienes que tocar, te los tienes que saber bien a la hora del concierto. Pero te puedes equivocar, por supuesto. Con el tiempo se aprende a, en medio de la equivocación, seguir adelante sin que se note mucho, porque es el oficio. Y es un trabajo muy enriquecedor que me ha hecho crecer en el conocimiento de la música y en el conocimiento de las personas. La Sinfónica, como es un grupo tan heterogéneo y tan grande, te hace conocer a muchos tipos de personas, interactuar con ellos. El hecho de poder transmitir como cristiano un mensaje y ver algunas veces cómo reacciona la gente, cómo se abre o se cierra, o cómo la gente misma te busca, cómo que eres un punto de referencia muchas veces para esas personas que no conocen nada o que tienen una imagen deformada de la fe.

Entonces, ¿como católico te puedes integrar perfectamente a la orquesta?

Completamente.

No eres un elemento aparte.

No, no, Lo que sí tengo es la responsabilidad de hacer el trabajo lo mejor que pueda para la gloria de Dios; y para sentir que estoy haciendo lo que tengo que hacer, hacerlo lo más concientemente posible. No acomodarme a matar el tiempo, a pasarle a las cosas por arriba, a hacer algo sin saber lo que estoy haciendo. Cuando me siento a tocar ya sé lo que estoy interpretando porque he leído, he obtenido información. Ya sé quién lo escribió, de dónde viene, en qué se inspiró. O sea, forma parte del trabajo también la información. Porque no es lógico que un músico esté tocando una cosa y no sepa qué es lo que está tocando. En ese sentido desde que empecé a trabajar, y desde mucho antes, he tratado de superarme a mí mismo, de aumentar un poco la información. En la escuela recibes cierta información, pero luego en el trabajo mismo las personas, aunque no todos, olvidan un poco documentarse.

Michel, ¿qué empezó primero tu afición por la música o tu vida de fe?

Mi afición por la música me parece que es desde muy chiquitico. Yo tenía mucha preferencia por los juguetes que sonaran: una guitarra, una filarmónica y otros juguetes musicales. Desde muy chiquito sonaba latas de galletas en el patio de la casa como si fueran un drum. Comencé a estudiar piano desde que estaba en cuarto grado. Tenía una profesora particular. Más o menos desde la época que empecé con el piano, mi abuela, la mamá de mi papá, nos llevaba al Servicio Doméstico en Calzada del Cerro y Buenos Aires que es donde tuve por primera vez contacto con la religión. Porque fui bautizado a los pocos meses de nacer. Había esa preocupación en mi familia que siempre ha sido católica.

Hacen falta personas que se comprometan, personas de mente abierta que estén dispuestas a trabajar, ya sea en lo poco o en lo mucho, pero siempre hacerlo con responsabilidad, hacerlo con seriedad.

Pero gracias a mi abuela frecuentamos el Servicio Doméstico, y con cierta regularidad íbamos los domingos a la catequesis que era a las 9 de la mañana en aquella época, y después a la misa que era a las 11. Fue el contacto directo con la fe, todavía a un nivel muy primario. No es hasta el año 97 y por la misma música que me acerco a la Parroquia Jesús del Monte, o sea del Buen Pastor. En esa época yo me había interesado por un instrumento que me gustaba desde hacía algún tiempo: la flauta dulce. Y tratando de buscar más información sobre esta, me acerco a la Parroquia de Jesús del Monte, busqué al hermano Antonio, un hermano lassalle, que toca algo de flauta dulce y enseñaba a los niños. Entonces, confrontando y buscando información, conozco a Nais, del grupo de jóvenes, alguien que actualmente está fuera del país. Fue la persona que me atrajo hacia la Iglesia, que me habló y me explicó. Siempre tenemos a alguien que nos atrapa y nos hala, y fue Nais esa persona. Así me integré al grupo de jóvenes que ya habían hecho algo con el coro que tenían y yo empecé a acompañarles. Por supuesto, lejos estaba de saber que dentro de unos años me iba a quedar con la responsabilidad de dirigir el coro en Jesús del Monte. Todo empezó con la amistad, una gran amistad, y unos grandes deseos de hacer cosas, de montar música, de tocar en la misa, de tocar en actividades como, por ejemplo, aquella vez que hicimos la cantata en Los Pasionistas. Teníamos grandes deseos de hacer cosas. Esa fue una época maravillosa, una época productiva, de trabajos que hicimos con gusto, que quedaron. Y así es cuando uno hace cosas con amor, se entrega a lo que está haciendo sin pretensiones de conseguir algo grande, sino simplemente de servir, de hacer lo que nos gusta y hacerlo bien. Y es lo que queda. Las cosas que se hacen con amor son las que van a quedar siempre.

¿Qué tú crees que un músico católico podría darle a la música?

Mira, siempre me ha gustado, cuando estoy trabajando en la Sinfónica, que la música llegue a las personas, que las personas disfruten la música. Algunas veces me entristece cuando tenemos que hacer conciertos de una música que no me es muy agradable, o sé que al gran público no le agrada mucho, tal vez porque es demasiado contemporánea. Pues hay mucha música contemporánea muy buena pero también hay música contemporánea que deja mucho que desear. Pero la gran satisfacción que mucho me embulla a trabajar, es cuando sé que hay un programa que agrada al público. Y de hecho trato de hacerlo mejor. Me gusta esforzarme para que mi responsabilidad no empañe el trabajo general. Disfruto más lo que estoy interpretando, cuando siento el disfrute de las personas que lo están recibiendo. Y

muchas veces, incluso, me puedo emocionar con la música que estoy tocando y siento también la emoción del público. Siento esa conexión entre el público, la música y la orquesta. Y me emociono, incluso puede subirme la presión mientras toco. He sentido las orejas calientes. Y después de terminar el concierto y de entregar todo eso, puedes quedar como desconectado, quedar cansado porque lo diste todo.

Recuerdo cuando hemos hecho determinadas obras de Beethoven, el ciclo de las 9 sinfonías, sobre todo las sinfonías más conocidas y las no tan conocidas pero que son maravillosas, como la Séptima. Al terminar tenía esa sensación de que me había quedado vacío, o sea, había sido un instrumento de la música, había sido utilizado yo como un instrumento para producir la música junto con la Orquesta. Porque yo soy una pequeña rueda del engranaje, nada más. Una pequeñita rueda dentada de ese gran engranaje que es la Orquesta Sinfónica. Igual pasa con las sinfonías de Chaikovski. Cuando uno termina de tocar una obra de Chaikovski, ya sea el concierto para piano, la cuarta sinfonía que es una de las más preciosas, da la impresión de haberse quedado uno vacío, de haberlo entregado todo, queda exhausto uno, y queda como desconectado del mundo material.

¿Y qué pasa con Michel, el músico, que como católico ofrece un servicio en su parroquia?

El trabajo en la parroquia primero es compromiso, después es dedicación. Es mantenerte constante aunque muchas veces los medios son pocos. Ya sea por la falta de recursos, de partituras, he tenido que sacar mucha música de oído, trabajar con las voces, algunas veces hacer pequeños arreglos. Y cuando llego lo único que tengo es un teclado obsoleto, donde los timbres no son los apropiados. Y como que tanto trabajo realizado queda un poco por debajo de lo que hubiera querido. Pero todo eso lo he hecho con mucho gusto. Trato de hacerlo lo mejor posible. Es como un regalo, como si en esa relación de darse uno recibe. Vamos a decir, como que Dios te premia con una serie de conocimientos y de cosas, aparte del regalo de trabajar con la gente, de interactuar con la gente, con los muchachos del coro, con la comunidad. Dios te premia porque tú haces el trabajo y no cobras ni un kilo, pero la ganancia está precisamente en el conocimiento que adquieres, no sé, de armonía, por ejemplo. Vamos a hablar ya técnicamente, cuando entré a trabajar en la Iglesia, tenía conocimientos básicos de la armonía. Pero a la hora de trabajar, de la parte práctica, he recibido muchos conocimientos que me han servido incluso en mi vida profesional. Es como ejercitar lo que ya aprendiste y llevarlo a un plano práctico.

Otra cosa es la constancia. Muchas veces los coros parroquiales o los coros de las iglesias no son constantes en números, oscilan muchas veces entre mucha gente, poca gente. Hacen falta personas que se comprometan, personas de mente abierta que estén dispuestas a trabajar, ya sea en lo poco o en lo mucho, pero siempre hacerlo con responsabilidad, hacerlo con seriedad. El trabajo en el coro o el trabajo musical en la parroquia es seriedad también. Y debemos tratar de hacerlo lo mejor posible, con gusto. No se trata tanto de hacer grandes cosas como de realizarlo con gusto, y hacerlo para ayudar, ser un instrumento que ayude a la comunidad a vivir la celebración.



¿Cómo se integran en tu vida, el mundo de la fe y el mundo profesional?

Bueno, en el sentido de la fe, en el aspecto religioso, en creer en Dios como un Ser que nos ama, que nos perdona, que es todo misericordia, que cuando nos caemos está esperando que nos levantemos y vayamos hacia Él, que nos propone constantemente ser mejores, ir hacia lo grande, hacia lo definitivo, hacia lo que es trascendente. En ese sentido es lo que trato de buscar en mi vida profesional. Ser cada vez mejor, entregarme tal como Dios pide que nos entreguemos a los demás y que trabajemos por los demás, hacerlo por amor. Buscando sencillez en lo que uno hace, pero no por ser sencillo que deje de ser interesante, que deje de ser bueno, que uno se motive por lo que está realizando. Eso mismo pasa tanto en el trabajo profesional como en el trabajo en la parroquia, en el trabajo en el coro de la Iglesia.

Puede que cuando uno es más joven, cuando empieza a hacer un trabajo y viene del mundo profesional, aspire de momento a hacer grandes cosas. No tienes todavía a Dios bien adentro, y no estás familiarizado todavía con el contexto. Piensas llegar y montar un coro con varias voces y hacer un trabajo que deslumbré. Con el tiempo uno descubre que ese no es el objetivo.

Hacia el principio, llegué esperando montar cantos a voces, hacer cosas interesantes, maravillosas (entre comillas, ¿no?). Ahora puedo decir con la experiencia, que lo que trato de hacer es buscar la sencillez. Pero a la vez buscando la sencillez procuro que no deje de ser interesante, no deje de ser motivante para el que lo escucha, no deje de servir como instrumento a lo que se está celebrando. O sea, tratar de no ser nosotros el centro, de ser unos servidores de la liturgia, de lo que se está celebrando y servir como un apoyo. Lo que busco más bien es servir como apoyo al coro cuando acompaño, cuando hago algo en el teclado con las escasas posibilidades que pueda tener el instrumento que tengo ahora. Servir, hacer algo sencillo, un apoyo a lo que se está cantando, al momento específico, a la celebración específica. Se pueden hacer muchas cosas pequeñas que embellezcan y enriquezcan la música en la Iglesia. Y sobre todo hacerlas con gusto.

Algo muy importante. Como los cantos muchas veces son transmitidos por tradición oral y no hay partituras, o los mismos que están en el cantoral, muchas veces se cantan diferente en un lugar y en otro, hay que tratar de homogenizarlos para que donde quiera que uno vaya pueda cantar igual, sin dejar de tener los acompañamientos característicos de cada comunidad o los formatos característicos. Recuerdo al hermano lasalle Osvaldo que, cuando me dio clases de música, me enseñó mucho sobre la música cubana en la Iglesia y sobre la liturgia. Recuerdo haber asistido a un curso que dio de liturgia y habló sobre la importancia de que uno no cambiara la música, porque ahora se me ocurra que parece más bonita así. No. Hay que respetar la tradición, respetar cómo se canta para que las canciones no se vayan deformando hasta un momento en el que no se conozcan.

Hace falta en la Iglesia mucha gente que tome el ministerio de la música con seriedad, que se comprometa a acompañar la música, fomente la creación de coros, de agrupaciones. Hay mucho talento, muchos jóvenes, muchas personas que tienen talento para la música y pudieran tocar instrumentos, pudieran cantar maravillosamente. Lo que algunas veces pasa como en la parábola de los talentos. Se le da el talento a alguien y lo entierra. No lo utiliza, no hace que de fruto, y entonces se pierde ese talento. Hacen falta esas personas porque la Iglesia las necesita. Pues aunque la liturgia es lo más importante, la música es un complemento que hace vivir con mayor entrega. Y dicen que el que canta ora dos veces.

¿Qué instrumentos musicales utilizas en tus trabajos?

Bueno, en la Orquesta lo que hago es tocar el contrabajo que es el instrumento que empecé a estudiar en sexto grado. Y dentro de la Iglesia toco el teclado, o sea, vamos a decir, el piano. Muchas veces dentro de la Iglesia lo que tenemos es teclado, ni tan siquiera órgano porque en Cuba no tenemos muchos órganos, además de ser el órgano un instrumento super complicado que lleva un estudio específico.

También toco la flauta dulce, un instrumento que me conmueve desde que tengo noticias de él, desde que lo escuché. Es un instrumento que se puede llevar para todas partes, que era la ilusión mía, no como el piano y el contrabajo que son tan grandes. Además es un instrumento melódico, aunque el contrabajo puede en determinado momento ser un instrumento melódico, pero no es lo usual. Y es un instrumento tan sencillo de viento que no tenía ni tan siquiera una llave, que se toca tapando con los dedos y me parecía muy humano, muy sencillo y me apasionó. El sonido es suave y noble. Muchas veces en la música antigua doblaba la misma línea melódica de la voz humana. Su sonido es súper agradable, evocador, tranquilizador, pacificador.

El aprendizaje de este instrumento le fue propiciado durante el corto pero provechoso período de trabajo con el grupo de música antigua Ars Longa, que dirige Teresa Paz, y luego en el taller con la profesora francesa Judith Pacquier, lo que también agradece a dicha institución. Hoy Michel Toll, enseña flauta dulce a niños y a otras personas interesadas, conocimientos que a puesto a disposición de la Iglesia.